

Max Weber

Crítica a Stammer y otros textos

Edición y traducción a cargo de Javier Rodríguez Martínez, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) y Boletín Oficial del Estado (BOE), Madrid, 2009.

Perla Aronson*

Los clásicos deben su nombre a dos cualidades distintivas: nunca acaban de decir lo que tienen para decir, al tiempo que sus pliegues argumentativos no toleran lecturas canónicas. El primer atributo concierne a su renovada capacidad para orientar al sociólogo en la trabajosa tarea de echar luz –aunque sea provisoriamente– sobre la inherente opacidad del mundo social. El segundo, refiere a una actitud específica ante el descubrimiento y el redescubrimiento de su potencial explicativo, ante un material que es a la vez compacto y elástico, visible e invisible, explícito e implícito, y cuya permanencia no implica una supuesta inmutabilidad digna de reverencia. Se ha dicho que la sociología, mientras quiera seguir siéndolo, no contará jamás con un conjunto de categorías fijas, estables y unívocas, por cuanto su objeto es de por sí cambiante, fluido, escurridizo y nebuloso. Ante el dinamismo de una época en que las ilusiones zozobran, y frente a la multiplicación de valores, que como decía Durkheim, instituye la sensación de perderse en el infinito, el recurso a los clásicos ordena, siempre de un modo relativo, el caos empírico dentro del cual el sociólogo busca orientarse. Como es sabido, sus teorías contienen conceptos arcaicos y nociones vivas susceptibles de integrarse a nuevos procesos de producción teórica. Tal es el caso de volumen reseñado, una perspectiva singular sobre los problemas teórico-metodológicos propios del análisis sociológico y de los interrogantes, que antes como ahora, atraviesan el campo disciplinar.

El conjunto de textos que contiene agrega conocimiento a lo ya conocido sobre la fragmentaria y cuantiosa obra de Max Weber. Los escritos del editor, una interpretación de segundo orden sobre lo aquí publicado, se combinan con los del autor, componiendo una amalgama de gran complejidad que incluye notas introductorias aclaratorias y organizativas. A los fines de esta reseña, se toman únicamente los que corresponden al sociólogo alemán, por la sencilla razón de que constituyen una novedad bibliográfica sobre temas apenas tratados en la literatura castellana disponible. No obstante, cabe hacer un comentario sobre la ingente tarea de Rodríguez Martínez, quien con conocimiento de causa, vincula acertadamente los artículos que traduce con otros textos weberianos haciendo hincapié en el proceso que va dando forma a sus conceptos.

* Profesora Titular de Historia del Conocimiento Sociológico II (Carrera de Sociología, UBA), Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

La sección de las traducciones reúne un ensayo de 1907 titulado «La “superación” de la concepción materialista de la historia de Stammler», al que le sigue el «Informe a la Sociedad Alemana de Sociología» de 1910, cuyo desarrollo trata simultáneamente dos problemas: la sociología de la prensa y la sociología del asociacionismo. El último, «Preámbulo a la nueva época de la revista *Archiv für Soziale Gesetzgebung und Statistik*» de 1904, podría confundirse con el párrafo que antecede a «La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social» (en la compilación de Amorrortu de los *Ensayos sobre metodología sociológica*, editado en Buenos Aires en 2001, en las páginas 39 y 40). Pero se trata de una especificación acerca de los objetivos generales de la revista que difiere de la anterior, por cuanto avanza sobre caracterizaciones del capitalismo y de la cuestión social no contempladas en el texto consiguado.

Para no reiterar contenidos, se ha preferido seguir el recorrido de los argumentos buscando el hilo conductor, que por sucesivos eslabonamientos, conforma un modo de hacer sociología de rasgos distintivos que también se revela en estos escritos.

En ese derrotero, el primer ensayo –además de reconocer la erudición y la agudeza de Stammler, y señalar en un tono ciertamente mordaz el carácter grotesco, desproporcionado y ostentoso de sus medios explicativos¹– introduce una serie de recomendaciones que muy bien puede valer en general: la obligación de revisar las segundas ediciones para corregir los errores de la primera; la necesidad de realizar una autocrítica interna para mejorar la estructura del trabajo y subsanar fallas lógicas; la exigencia de considerar las investigaciones recientes producidas en el mismo campo de estudio; y el deber de controlar las aspiraciones excesivas al querer apropiarse de teorías consagradas. Con el mismo sentido, critica el postulado que atribuye a motivos religiosos la explicación de los fenómenos culturales, especialmente el axioma según el cual un solo factor cobra la forma de punto de vista último, uniforme e independiente de su contenido concreto. Dice Weber que el determinismo religioso, en cuanto fundamento del conocimiento nomológico, es la manifestación de un histórico “espiritualismo” que descuida la investigación empírica y tiende a otorgar a las teorías (en este caso la concepción materialista de la historia) el estatuto de presupuesto de investigación universalmente válido. Vale aclarar que entre 1903 y 1906 publica en tres entregas consecutivas un artículo –«Roscher y Knies y los problemas lógicos de la Escuela Histórica de Economía»– que registra las debilidades del método histórico; allí, en una frase ciertamente desconcertante en contraste con la difusión de una vulgata simplificadora sobre su metodología, sostiene que «según nuestro actual modo de considerar, orientado hacia el marxismo, es algo por sí completamente evidente el desarrollo de la vida de un pueblo como *determinado* por estadios económicos típicos» (*El problema de la irracionalidad en las*

1 «Es como si un fabricante, en una inmensa fábrica de la más moderna construcción, pusiese en funcionamiento la tecnología más avanzada combinada con una fuerte inversión y una ilimitada fuerza de trabajo para producir.... *aire* atmosférico (¡pero no líquido, sino gaseoso!)» (2009: 79).

ciencias sociales, Madrid: Tecnos, 1985: 32). Los argumentos críticos dirigidos a Stammler y a Roscher y Knies, refuerzan la idea de pluricausalidad: ni la religión ni la economía explican taxativamente los acontecimientos, pues ambas son a la vez causalmente autónomas y heterónomas, influyen sobre el curso de los sucesos mientras son influidas por él.

Otro nivel problemático que da el tono a su sociología, alude a la equiparación de las leyes sociales con las leyes naturales, procedimiento que al tratar la vida social como la vida «inerte», conduce a la fantasía de una regulación social mediante intervenciones técnicas. De esta afirmación deriva el enunciado que plantea que la legitimidad de una investigación no se reduce a la búsqueda de leyes generales, pues «toda *clasificación* de los hechos en regularidades concretas, como la abstracción de “regularidades nomológicas” del conjunto de los hechos, se lleva a cabo dentro de los distintos “puntos de vista”: aquí descansa la división del trabajo de la mayoría de las ciencias especializadas» (2009: 89). Luego, la interpretación de Stammler del materialismo –la determinación económica en última instancia– constituye una parodia del pensamiento kantiano que asimila la noción de categoría con la de punto de vista, con lo que confunde los planos de la causalidad y la teleología. Después de realizar una pormenorizada distinción entre regla (término que emplea con el significado de máxima), ley natural, ley empírica, norma y juicio de valor, indica que tales discriminaciones persiguen captar el significado del «sentido» de la acción, un constructo heurístico cuya utilidad consiste en que facilita la elaboración de hipótesis. Tras el análisis comparativo de las reglas de juego y las reglas legales, llega a la conclusión de que existen notorias diferencias entre reglas y regularidades empíricas, después de lo cual introduce una aclaración que sintetiza lo propio de su enfoque: no resulta admisible mezclar el “ser” con el “deber ser”, el “concepto” con lo “conceptuado”, enredo que desemboca en la indiferenciación entre esquemas conceptuales empíricos y dogmáticos. Como las acciones reales y las acciones observadas son cosas muy distintas, corresponde guiarse por el principio metodológico que postula que actuar concretamente no es lo mismo que convertir la acción en objeto de conocimiento. Resulta evidente que los cuestionamientos a la interpretación de Stammler, sirven a Weber para reforzar el núcleo de sus “reglas metodológicas”, un conjunto de medios para alcanzar la objetividad; o lo que es lo mismo, una crítica técnica de los valores relativa a sus condiciones de realización, lo único que la sociología puede hacer con sus propias herramientas.

El «Informe a la Sociedad Alemana de Sociología» incluye una reflexión sobre la impopularidad de la sociología en la cultura alemana, razón por la cual propone precisar su significado y sus objetivos, y dejar claro que dentro de sus límites no se admite la propaganda, aunque tampoco la imparcialidad, si por ello se entiende ser justo con todas y cada una de las tendencias político-partidarias. Lo mismo que en el ensayo sobre la objetividad cognoscitiva (1904), vuelve sobre una observación metodológica que recorre la totalidad de su obra: aun cuando las opiniones políticas, religiosas, estéticas y literarias son objeto de análisis de la sociología, ante ellas no cabe asumir posiciones valorativas o formular juicios de deseabilidad o indeseabilidad. De lo que se trata es de constatar la existencia de los he-

chos, de explicar por qué son así y no de otro modo y de identificar las condiciones históricas y sociales que los originan, principio que también inspira el discurso sobre la particularidad del quehacer de una asociación disciplinar.

El análisis de la prensa, que Weber presenta a modo de ilustración de los problemas a los que debe hacer frente la sociología, constituye un material que soporta distintas claves de lectura. Por un lado, plantea la cuestión del acercamiento a los actores e instituciones de los que se obtendrán los datos esenciales para la investigación, pero siempre con el presupuesto de que los propósitos de conocimiento no admiten una «crítica moralizante». Por otro, resalta la necesidad de estudiar su historia en términos de las opiniones que la prensa suscitaba en el pasado y las que predominan en el presente,² incluyendo la identificación de sus portadores. Finalmente, fiel a su orientación comparativa, y sin que ello conlleve una toma de posición, recomienda atender a las visiones del mundo que subyacen a la función asignada a la prensa; esto es, una indagación sobre las relaciones de poder, especialmente sobre los nexos entre los periódicos y los partidos, el mundo de los negocios y los grupos de presión. En virtud del carácter privado y capitalista de la prensa, una empresa dirigida a compradores y anunciantes, la disponibilidad de capital crece vertiginosamente al ritmo de un proceso que podría dar lugar tanto a la monopolización y al aumento de la influencia sobre la opinión pública, como a la sensibilización ante sus variaciones. La evolución de las condiciones generales del periodismo profesional, las vías de aprendizaje del oficio y las posibilidades de trabajo según las tendencias partidistas de los medios, también constituyen asuntos dignos de atención que completan el cuadro de dimensiones a estudiar y forman parte del horizonte analítico mediante el cual pueden abordarse otras investigaciones. La segunda temática de la conferencia es el asociacionismo, una categoría que media entre «[...] los poderes políticamente organizados o reconocidos (Estado, municipio e Iglesia oficial (...) y la comunidad natural de la familia» (2009: 198). Las entidades asociativas —a las que no les cabe el nombre de instituciones— comprenden desde los clubes y los partidos, hasta las sectas religiosas, artísticas y literarias. Constituidas por individuos calificados que rechazan los poderes coercitivos del Estado y de la Iglesia, su peculiaridad radica en la soberanía que detentan para extender títulos de integridad moral. Su proliferación, cuya expresión más acabada se verifica en Estados Unidos —donde la pertenencia acredita el estatus de *gentleman* obtenido tras escrupulosas averiguaciones sobre la honradez y capacidad de pago de las personas— reconoce antecedentes en las sectas protestantes. En esta conferencia, al igual que en un escrito redactado tres años antes, Weber define la democracia norteamericana no como un montón de arena, sino como un entramado de asociaciones exclusivistas poseedoras de rigurosos criterios de selección que operan hacia fue-

² Se trata de esclarecer «[...] cuáles podrían ser las consecuencias de ese hábito del hombre moderno consistente en, antes de ir a trabajar, prepararse un “guiso” con todo lo que va “cazando” por los diferentes ámbitos de la moderna civilización, desde la política hasta el teatro, pasando por todo lo demás» (2009: 196).

ra y hacia adentro: hacen que la persona sea «alguien» y reconstruyen la personalidad. Sin embargo, no debe olvidarse que toda asociación es una relación de dominio de una minoría, de un poder concentrado en dirigentes que busca despertar la lealtad de sus miembros, y que para llevarlo a cabo desarrolla unas técnicas profesionales encaminadas a difundir las ideas que sustentan, las que poco a poco llegan a ser la base de su existencia material. Lo fundamental del asociacionismo arraiga en su capacidad para plasmar cultura, para intervenir activamente en la tensión entre sensaciones y reacciones a través de una inhibición que, en último término, es creadora de *habitus* (2009: 203). Un dilema adicional, de validez presente, refiere a los fondos para investigar. Weber encuentra la solución en el mecenazgo, una fuente inapreciable que serviría para financiar estudios de envergadura como los que la Asociación se propone. Dado que el dinero aplicado a la ciencia generalmente se destina a las agencias estatales, cabe esperar que los privados entiendan que la ciencia obra para sí misma, pero que algún día llega a ser «útil para la vida» (2009: 207). Esa advertencia no sólo contiene una preocupación de orden material; también incumbe a los tiempos de producción del conocimiento y a la distancia entre investigación y decisión, a la vez que retoma la distinción entre ciencia pura y aplicada, un tema de estricta actualidad.

En el «Preámbulo a la nueva época de la revista *Archivo de Legislación social y Estadística*»,³ cuyo nombre es cambiado por el de *Archivo de Ciencia Social y Política Social* de cuyo Comité Editorial Weber formaba parte, afirma que la especialidad de la publicación es la «cuestión obrera», pero en la perspectiva de su significación cultural y en cuanto expresión de un fenómeno mayor: el capitalismo entendido desde el punto de vista de su incidencia en la vida económica y cultural. Dado su indetenible avance y su poder de penetración, al capitalismo se lo busca allí donde se encuentra, sin consideración por las fronteras nacionales ni por la nacionalidad y el credo de quienes escriben sobre él. Por tanto, la «tendencia» de la revista se compone de un cierto número de supuestos teóricos compartidos que refieren, en primer lugar, al carácter inextirpable del capitalismo y a la inviabilidad de un regreso a formas patriarcales de organización; en segundo término, al reemplazo de los viejos modos de ordenamiento social por otros adaptados a la nueva situación, en la que el proletariado constituye un agrupamiento a estudiar y un objeto inaplazable «de toda política social» (2009: 222); el último supuesto apunta a la urgente necesidad de contar con el conocimiento científico, de modo tal que la elaboración de políticas legislativas informadas contribuyan a una genuina transformación de las instituciones.

Por su estatuto especial, Weber aborda el alcance del adjetivo «social»: aunque ambiguo y frecuentemente mal utilizado, es el verdadero «escudo de armas» de la revista y alude a univocidad y precisión, a un enfoque histórico desde el cual los sucesos son observados en sus interconexiones causales con la economía y con otras dimensiones de la vida social. En

3 Pese a que su esposa alega que el artículo fue escrito de puño y letra de Weber, Rodríguez Martínez informa que no hay seguridad de que sea obra de su pluma.

suma, el saber teórico y metodológico debe ponerse al servicio de una mayor comprensión de las facetas culturales del capitalismo, con énfasis en el condicionamiento económico de los fenómenos culturales, tarea a realizar con el apoyo de disciplinas vecinas. Aun considerando la avidez de teorías sociales, de conceptos claros y precisos y de construcciones metodológicas rigurosas, no cabe reducir la riqueza de la vida a puras fórmulas, sino de aportar explicaciones que contribuyan a enriquecerla.

Dice Norbert Elias que la actitud de los investigadores oscila entre el compromiso y el distanciamiento, dos conceptos límite en medio de los cuales se plasman los problemas analíticos. Y aun cuando sus deseos e inclinaciones responden a los intereses de los grupos a los que pertenecen, progresivamente se emancipan de valores partidistas, religiosos y políticos, para orientarse hacia la búsqueda de un conocimiento que les permita no sólo ordenar el mundo, sino comprender cómo funciona y explicar por qué suceden las cosas. La perspectiva de Max Weber parece no apartarse demasiado de esa reflexión, pues si bien toma posición ante los acontecimientos de su época, también persigue incansablemente la claridad, sólo posible a través de la construcción de herramientas conceptuales detalladas y susceptibles de contrastación intersubjetiva. En ese sentido, las justificaciones basadas en el «espíritu del pueblo», en la religión, en las determinaciones materiales, en planteamientos biológicos o psicológicos, no pueden emplearse como explicaciones en última instancia, pues la sociología no es un saber de carácter filosófico ni metafísico, sino un conocimiento histórico-social en cuyos confines el investigador consuma su labor científica. Como los conceptos se construyen a lo largo del proceso de investigación, la prensa, el asociacionismo y todo otro tema de indagación, demandan una actitud de renuncia ante las síntesis realizadas de antemano, junto con la admisión de que la libertad valorativa –crucial en el momento de la elección y elaboración del objeto a analizar– cede su lugar a la imputación causal, un esquema racional y teleológico que garantiza la validez del conocimiento obtenido.

Luego, la lectura del texto reseñado añade complejidad a un pensamiento de por sí complejo; patentiza una visión del mundo surcada por antinomias que muchas veces se resuelven teóricamente a través de nexos conceptuales, mientras otras se ciñen a la aceptación implícita de la conflictividad social y de la multiplicación de obstáculos para dirigir la vida individual.

